

Testimonio del coronel PNP Guillermo Linares Bay (Trujillo)

Distinguidas autoridades, señores miembros de organismos internacionales, señores miembros de la Comisión de la Verdad, pueblo ayacuchano, distinguidas damas, señores.

Quien les habla es el coronel de la Policía Nacional del Perú (PNP) Guillermo Linares Bay, actualmente en actividad. En primera intención, quiero agradecer a los miembros de la Comisión de la Verdad por haberme escogido para dar mi testimonio a esta importante audiencia. Los hechos que voy a narrar ocurrieron cuando transcurría el año 1982, en el mes de marzo.

Me encontraba como jefe del destacamento de la 48ª Comandancia «Los Sinchis», en la ciudad de Huamanga¹. Siendo aproximadamente entre las 11:30 y las 12 de la noche, hubo un apagón general en la ciudad y se escucharon varias explosiones y disparos, estaban disparando a las diferentes unidades elementos subversivos. Estaba alojado en las instalaciones de la Novena Comandancia. Entonces, en esos momentos, dispuse que personal al mando mío suba al techo de la unidad y un par de agentes se queden con las cosas de los que estaban de servicio. Salí al mando de cinco hombres para hacer una maniobra y rodear a los que estaban disparando al local de la Novena.

Cuando ellos vieron esta acción, huyeron hacia el sector donde quedaba la pista en ese entonces. También llegué tras ellos al sector de la PIP [Policía de Investigaciones del Perú], y los que estaban distraendo, huyeron. De ahí me constituí al sector de lo que era la Guardia Civil y también fugaron. Pero estas eran maniobras distractoras porque el verdadero ataque era en el CRAS [Centro de Reclusión y Adaptación Social]. No sabía bien la fuerza que ellos tenían, pero me constituí con los cinco hombres hacia el CRAS de Huamanga.

Nosotros llegamos pegados a ambos lados de la pared. Los que estaban al lado contrario de donde estaba el local fueron los que quedaron algo ilesos. Pero, los que estaban al lado contrario fueron los que sufrieron, junto conmigo, varias heridas de bala. Al llegar nosotros, nos dimos cuenta de que el CRAS había sido tomado, y que [los reclusos] estaban saliendo y subiendo a un camión. Hemos cruzado disparos con ellos y a mí me atacaron de diferentes torreones de este CRAS, y desde una casa en construcción, que estaban más o menos a una altura del tercer piso. Y la fuerza de ellos era superior a la de nosotros.

En dos ocasiones sufrí herida de bala. Una me cayó a la altura de la ingle y la otra en la tibia de la pierna contraria. Me di cuenta de que uno de mi personal había sufrido tres impactos de bala en el estómago. Como se había apoyado en un montículo de arena con piedra, porque estaba al costado de una construcción, también le había impactado una [bomba] molotov que habían tirado a través de las paredes del CRAS, por lo cual tenía la mano deformada. Otro que avanzó hacia el camión donde estaban subiendo los que estaban huyendo del CRAS un disparo le cayó en la clavícula y se le alojó en el omóplato y no lo dejaba respirar.

¹ Se refiere a la ciudad de Ayacucho, que es uno de los distritos de la provincia de Huamanga.

Vuelvo a recalcar que las fuerzas de ellos eran superiores, pero a Dios gracias, con la llegada de nosotros, pudimos evitar que los elementos subversivos sigan colocando dinamita en la habitación donde se había alojado el resto del personal que custodiaba el CRAS. Los subversivos luego de estas acciones que realizamos iniciaron la retirada y se evitó más muertes en esa oportunidad. Ellos huyeron con sus heridos y sus posibles muertos. No sé en qué dirección.

Pero nosotros nos quedamos prácticamente regados [tirados], heridos en el suelo. Mis dos compañeros ilesos fueron los que nos dieron atención. Nos metimos a una casa vecina y ahí me aplicaron unos apósitos. Esperé, calculo yo, unos cuarenta y cinco minutos, y no llegaron refuerzos. Estábamos heridos. En esa época no estábamos unidos la Guardia Civil, la Guardia Republicana y no teníamos como coordinar. Por eso, era peligroso retirarnos porque podíamos ser confundidos por las Fuerzas del orden y sufrir también un disparo por parte de ellos. Tuvimos que esperar entonces. Cuando llegaron efectivos de la Policía, porque de la Fuerza Armada no salió ningún efectivo en esa oportunidad, nos identificamos a gritos y salieron los que podían con las manos en alto y sin armas. Plenamente identificados, nuestros compañeros entraron a esta casa vecina y nos condujeron al Hospital Regional de Huamanga.

En el hospital, nos dimos con la sorpresa de que había un grupo de enfermeras secigristas [Servicio Civil de Graduandos de las Ciencias de la Salud Humana – Secigra Salud] que nos indicaron [que estábamos en peligro] que los médicos del hospital o estaban ganados por la subversión o existía una amenaza de los subversivos para que no puedan o no deban atender al personal policial. El personal policial que entraba al quirófano no debía salir vivo porque si no ellos sufrían las represalias o los miembros de su familia. [Esta información fue confirmada por el compañero que estaba herido], el de tres balazos en el estómago y con la mano deformada, pues fue testigo que en una oportunidad que había ido de comisión al hospital supo de un efectivo policial que tenía solo un balazo en el estómago y sin haber comprometido ningún órgano vital entró al quirófano y no salió vivo.

Entonces, él decía: «Yo no quiero ser intervenido por estos médicos. Yo espero a ser evacuado a Lima». Él nos dio fuerzas a todos a pesar de ser el más grave. Tan solo nuestras amigas las secigristas, que se hicieron amigas nuestras porque les ayudamos en una ocasión con la actividad que hicieron para comprar instrumentos médicos para el hospital, con la seguridad del local y la atención de las bebidas gaseosas y alcohólicas. Hicieron una fiesta y nos hicimos amigas de ellas. Por ello, nos advertían que no debíamos ser intervenidos acá en Huamanga.

Ante estas circunstancias, ordené a mi gente para que den más seguridad al cuarto donde estábamos los heridos. Llegó el jefe de la policía de Guardia Civil, con un médico de sanidad nuestro, pero que no era especialista en cirugía de abdomen, por lo cual él tampoco podía intervenir. Entonces, atinamos a que las secigristas preguntaran a nuestros compañeros que tipo de sangre tienen y darnos esa transfusión de la sangre, sin ningún examen ni nada porque el tiempo apremiaba y nosotros habíamos perdido sangre. Yo sentía un sudor frío, producto de la pérdida de sangre. Por lo cual, recibimos

una de estas transfusiones y esperamos al día siguiente para que en un avión de la (FAP) [Fuerza Aérea del Perú] [fuésemos] evacuados a la ciudad de Lima. Donde ya recibimos una atención especializada.

Pero antes de ello, cuando estábamos en el hospital, el día anterior hubo un intento de reyerta o de fuga en el hospital. Había cuatro detenidos que estaban en uno de los cuartos vecinos en donde nosotros estuvimos. Elementos policiales, sacaron a estos detenidos con la intención de que hablen porque ellos podían saber dónde habían huido del penal, del CRAS, [y para saber] dónde estaban Edith Lagos y otros elementos de jerarquía de Sendero Luminoso, como no hablaban, fueron ejecutados. Posteriormente sé, y me consta que los elementos [policiales] que cometieron este atropello fueron puestos a disposición judicial y purgaron condena en este penal u otro. No sé si hasta ahora seguirán o estarán libres.

Volviendo a los que estábamos en Lima. En mi caso, los médicos me indicaban que tenía una fractura múltiple a la altura de la cabeza del fémur del lado derecho. Y la otra bala, había impactado la tibia de la pierna izquierda. Entonces, ellos me tomaron rayos X y me pusieron un tratamiento que consistía en una tracción esquelética (un clavo quirúrgico que atravesaría el fémur de la parte inferior y de ahí venía una especie de herraje, una pita, una polea y un peso. Ese peso tenía la cualidad de jalar y traccionar el muslo, y dejar libre la parte de la cabeza del fémur. Con el devenir del tiempo, el hueso iba tomando forma.

Pero, el hospital solamente contaba con rayos X. Transcurrieron un mes, dos meses, tres meses y yo seguía con la tracción esquelética en una sola posición de cúbito dorsal. Entonces, no podía ni levantarme, ni sentarme. En esa posición, estuve más de ocho meses en la cama del hospital, mirando el mismo techo, tomando mis alimentos, haciendo mis necesidades y mi aseo personal, sin poder levantarme. A consecuencia de ello, mi familia y yo mismo me preocupaba porque habían pasado meses y el hueso no soldaba cada vez que me sacaba la tracción esquelética yo sentía dolor y el hueso nuevamente se retractaba y se deformaba.

También con anterioridad, cuando yo llegué al hospital, a mí me visitaron. De las autoridades que recuerdo, el ministro de Justicia, el ministro del Interior, el presidente de la República, la Comisión de Derechos Humanos del Senado y otras autoridades y todas me ofrecieron apoyo. Pero lo cierto es que yo estaba en el cuarto mes y no recibía ningún apoyo. En la desesperación, mi familia se había trasladado a Lima porque mi familia residía en Trujillo. Yo era soltero en ese entonces.

Pero, ¿cómo es el destino! Yo tenía un vehículo el cual alquilaba. Pero, mi hermana sacó el vehículo para trasladar a mi familia que iba a verme al hospital, mientras se fueron a comprar, mi vehículo fue robado, bueno así es cuando a uno le caen las desgracias, le caen en pleno. Mi padre estaba preocupado y no quería que me entere, por ello no dejaba que ingresen a mi dormitorio. Lo cierto es que, quería evitar que reciba la noticia de que mi vehículo había sido robado, [pues] era la única propiedad que yo tenía. Pero, en un descuido, cuando se fue al baño, entró la visita y dijo: “mi capitán, no se preocupe

porque toda su promoción, las patrullas, todos están buscando su vehículo”. Ahí recién me enteré de que mi vehículo había sido objeto de un robo. Después se encontró, pero todo desmantelado.

Transcurrido el quinto mes, ya en el sexto mes, volví a recibir la Comisión de Derechos Humanos del Senado. Vinieron nuevamente con un montón de periodistas. Y yo en el transcurso de esos meses, había visto como mi carácter había cambiado. Un poco irascible, desesperado, no atinaba a nada. Me tenían seis meses con esta famosa tracción esquelética, el frío y el aire habían hecho que los músculos de mi muslo tengan una semi atrofia, porque el grosor de mi muslo era como el grosor de mi brazo. Yo veía todo eso y me preocupaba cada vez más.

Entonces, cuando llegó esta comisión del Senado, yo los traté algo duro, pero justamente ellos me dijeron que venían para ver casos de gente que habían sido dejados abandonados. Mi padre durante el transcurso de esos meses buscó a estas autoridades que ofrecieron su ayuda, tocó puertas, esperó, una, dos o tres horas en antecámaras y nunca fue recibido. Nunca fue escuchado. Entonces, gracias a esta comisión del Senado de Derechos Humanos que decretó que se haga una junta de intersanidades² de las Fuerzas Armadas y vieran mi caso.

A raíz de ello se reunió esta junta de intersanidades. Ya se acercaba al séptimo mes y ellos me dijeron que no podían opinar ni dar ningún diagnóstico de lo que yo tenía. Porque los rayos X decían la forma que estaba adquiriendo el hueso, pero no veía la parte interna del hueso, recién ahí ellos indicaron que tenía que ser trasladado a un lugar donde se cuente con tomografía computarizada para poder ver qué es lo que yo tenía en la cabeza del fémur. Resultó que yo no tenía la fractura múltiple, sino que tenía necrosado la cabeza del fémur.

En el hospital, tenía compañeros de cuarto que, inclusive, algunos habían fallecido. Y por el tiempo que estaba internado, me venían a visitar personas de otras religiones, como estaba aburrido de la televisión, del periódico, quería conversar con personas, cambiar, dialogar. Aunque no tenía esas creencias, los escuchaba, era como una parte de entretenerme porque es difícil soportar estar en una sola posición y mirar al mismo techo.

Bueno, cuando los médicos me dijeron que tenía necrosado la cabeza del fémur, me insinuaron para cortarme la pierna, lo cual yo no acepté. Si bien era difícil que se vuelva a reunir esta junta de intersanidades. Pero nuevamente se tuvo que reunir. Allí, ellos indicaron que, por mi juventud, y por lo que yo había sido herido en acción de armas, debería ser sometido a una intervención quirúrgica en el extranjero para tratar de que salven mi pierna porque supuestamente tenía semiatrofiados los músculos del muslo.

Así fui evacuado a Estados Unidos, donde me operaron por todas estas lesiones. Me pusieron una prótesis a la altura de la cadera del lado derecho, me operaron hasta en dos oportunidades de la rodilla. Yo no tenía nada ahí, pero por esta tracción esquelética

² **Junta de Intersanidades:** Cada Institución de las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional del Perú conforma una junta médica de especialistas, la cual justifica los casos de intervenciones quirúrgicas que no puedan ser realizadas en el país. Tomado del Congreso de la República.

se me había endurecido. La tenía rígida por haber estado dieciocho o diecinueve meses en esa situación. Por eso, fui sometido en dos oportunidades a una operación, para poder doblar la rodilla. Tuve un tratamiento médico de rehabilitación de, aproximadamente, tres años, en donde tenía que asistir a baños tibios, porque me hacían presión otras [personas para poder doblar la pierna].

Bueno, llegó el momento que tenía que incorporarme al servicio. Cuando eso pasó, me vi con la sorpresa de que los que habían ascendido junto conmigo ya estaban listos para postular al grado inmediato superior. Pero a nosotros no. No había ninguna ley ni nada que nos amparara, me decían que estaba inapto, por no tener el tiempo real y efectivo de servicio en mis clases de capitán. Pero, yo decía: «¿cómo es posible que, a mí, por la acción porque a la larga salvé algunas vidas de los compañeros que estaban en el CRAS. Es más yo no caí defendiéndome, sino yendo en auxilio, me hayan condecorado y me digan que no puedo postular a la clase inmediata superior?». Lo cual me obligó a otro vía crucis: el tener que ir pidiendo audiencias, con el presidente de la República, al cual no llegué a ver porque, nuevamente, el ministro que, en ese entonces estaba en Interior, dispuso que hagan un decreto que amparase a los que habían sido o que estaban sufriendo las secuelas de la subversión y, por ende, que reciban un apoyo.

Como les digo, es triste que uno sepa que alguien haya hecho algo que ameritó una felicitación y una condecoración y después le digan: «No, usted no puede postular. Tiene que hacer los años que estuvo herido». Todavía hacer lo del servicio porque si no, no se puede postular. Pero, en fin, llegué a postular y fui avanzando. Actualmente tengo la jerarquía de coronel, pero con esfuerzos y con bastantes sinsabores, tuve que entrar a trabajar en la parte técnica, ya no en unidades operativas, tengo aptitud B, porque la prótesis total de cadera y tengo un tope para poder doblar mi rodilla en la parte derecha, lo cual me frustró en lo que yo quería desarrollarme como policía. Tuve que estar más en un ambiente cerrado y dedicándome a las comunicaciones, donde ahí prácticamente he hecho mi carrera.

Producto de las oportunidades que yo tuve en las comisiones de servicio, yo podría a veces, sentirme realmente incómodo. Porque yo conducía a veinte o treinta efectivos policiales. Yo salía de patrulla porque me ordenaban. Y en las patrullas, pues uno lleva alimentos para uno o dos días. Hasta en una oportunidad me perdí y tenía un radio. Pero, fatalmente, el cable coaxial de bajada del radio se había malogrado y no podía comunicarme cuando estaba persiguiendo a unos elementos que se vestían como policías y asaltaban, violaban, robaban, se emborrachaban en pueblitos chicos de la serranía de Ayacucho con uniforme policial y no eran de la policía. Entonces, estuve varios días detrás de ellos, sin techo, con lluvia, granizada, todo lo que caía ahí.

Cuando llegaba a un cerrito donde vivía alguien que tenía, por decirle, una gallina o dos gallinas que ponían su huevo diario era, pues, la parte nutritiva de la sopa o del caldo que hacía la gente que vivía en esta punta de este cerro, aislados. Pero, ¿cómo contener el hambre de mi gente, que tenía varios días de caminata, y sin alimentación? Me acuerdo de que les quería pagar cinco, seis, siete veces el valor de la gallina, pero ahí no vale. Ahí la plata no tiene valor porque no es como el privilegio que tenemos muchos de nosotros de vivir en una ciudad e irse a la esquina y comprar lo que uno necesita. Ahí tienen que caminar varios días para llegar a una tienda, la plata no tiene valor. Existía el trueque entre vecinos. Pero, ¿cómo contener a mi gente? A veces teníamos que matar

a estos animales y hacer un caldo para todos nosotros. Acuérdesse que yo le estoy hablando de veinte a treinta hombres. Si cometí abuso de matar y dejar sin el huevo del diario a ese poblador de las alturas, no había forma cómo alimentarnos, pido disculpas públicamente. Había esos excesos que no partían de parte nuestra. Eran producto de las circunstancias.

Como anécdota también puedo contarles que, en una oportunidad, cuando me encontraba en Huanta, yo estaba con quince, veinte hombres en un destacamento y teníamos una pensión vecina a nuestro local. Llego un poblador, que había llevado dos borregos para venderlos y llevar a su familia productos de primera necesidad. Él me contaba que había caminado tres días conduciendo a sus borregos para la ciudad de Huamanga. Pero cuando llegó, los quiso vender en el camal sus animales y le pedían un certificado sanitario del animal, lo cual él no tenía y no se lo querían comprar. Los animales los llevaba a la Plaza de Armas y venía el municipal y los botaba porque estaba malogrando el ornato de la ciudad. Iba a los dueños de restaurante para vender los carneros y nadie se los quería comprar y si se los querían comprar, le querían pagar, pues, una miseria por los dos borregos o dos carneros.

Entonces, realmente, uno a veces siente lástima por este poblador, le dije: «Yo te voy a apoyar. Ven para acá». Hice que los pesen a los borregos y yo le preguntaba a él: «Quitándole la lana, los cuernos y las partes que no se comen del carnero, ¿cuánto crees que tienes de carne acá?». «Tanto», me decía. «¿Y cuánto está en venta el kilo de carne?». «Tanto de precio». Entonces, yo le dije al dueño del restaurant: «Mira, hemos pesado sus carneros y, deduciendo esto, tiene tanto de kilos de carne, tú le pagas lo que está en precio de mercado, o si no a partir de mañana allá, al frente, que hay otro local, ahí me voy a tomar desayuno, almuerzo y comida con toda mi gente, le compras o me voy para allá». Prácticamente obligué a que le compré el carnero, pero tuvimos que comer carnero por varios días nosotros porque eso era lo que preparaban. Bueno, es una anécdota y así puede haber muchos relatos.

Cuando estuve en el Ministerio trabajando en una parte técnica, yo veía que varios compañeros de mi Institución me buscaban para averiguar qué había hecho yo para para que ellos lo puedan hacer y seguir la misma gestión. Porque realmente es frustrante cuando uno queda herido y se espera el apoyo de todos sus compañeros y de la Institución, del Gobierno y se sienten mal cuando no se produce. Pero gracias a la insistencia, se sacó algunos decretos y dispositivos legales que apoyaban a los que habían quedado con heridas y/o eran convalecientes de la subversión. Hay muchos casos que se pueden relatar, pero creo que ahorita no vienen a mi mente.

Doctor Rolando Ames Cobián

Bien, coronel, queremos agradecerle mucho el gesto suyo de venir a la Comisión y también a quienes hayan facilitado esa venida, estando usted en actividad. Si quisiera agregar algo específico y si no le agradeceremos mucho la presencia.

Coronel PNP Guillermo Linares Bay

Para terminar, les puedo indicar que siempre mi vocación fue de servicio hacia la sociedad. Por eso, me enrolé en las filas y soy parte de la Policía porque lo siento de corazón. Mi padre fue policía y de pequeño tuve esa vocación de servicio, pese a lo que

me ha tocado vivir. Lo que uno les pueda narrar no es lo mismo que haberlo experimentado. Yo no guardo ningún rencor a los que me hirieron, ni a los que no me apoyaron en el momento preciso. Pero es así lo que a uno le toca vivir. Y hay que ser hidalgo. Yo creo que con lo que me hirieron, yo meditando, salí ganando porque en esos ocho meses que yo estuve inmovilizado en esa cama, [realicé una introspección]. Pensé mucho en mi persona y creo que, cuando me levanté, fui otro. Asimismo, desde esta audiencia, quiero extender mi mano al pueblo de Ayacucho, a todos los peruanos, con un solo pensamiento, y ese pensamiento elevarlo en mis oraciones a Dios, y pedir que guíe a los miembros de la Comisión de la Verdad para que esta jornada de trabajo traiga sus frutos, y, en un futuro cercano, podamos vivir en paz, en armonía; para el bien y para el desarrollo que tanto necesita nuestro Perú. Muchas gracias.

Doctor Rolando Ames Cobián

Muchas gracias, coronel, muchas gracias por su testimonio tan personal.